



**Instituto Id de Cristo Redentor**  
**Misioneras y Misioneros Identes**

***Mensaje de Apertura***  
***III Congreso Internacional de Metafísica***  
***Roma 6 – 9 de Julio de 2006***

***Prof. Jesús Fernández Hernández***  
***Presidente del Congreso***

Roma, 6 de Julio de 2006.

Señoras y Señores:

Como Presidente del Congreso, doy a todos los presentes una calurosa y familiar bienvenida a este Tercer Congreso Internacional de Metafísica, que inauguramos en esta Pontificia Universidad Urbaniana, organizado por la Fondazione Idente di Studi e di Ricerca.

Saludo, en primer lugar, a Su Eminencia, el Cardenal Camillo Ruini, Vicario de Su Santidad Benedicto XVI para la Diócesis de Roma y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Laterana.

Saludo asimismo a todas las autoridades religiosas y civiles, a todos los miembros honorables que participan y asisten a este Congreso, y a todos cuantos, desde la administración y colaboración, han hecho posible la realización de este Tercer Congreso de Metafísica.

Mi primera reflexión, sobre todo en un Congreso de estas características, es que no hay que tener miedo a la palabra “metafísica”, pues designa la ciencia suprema: la que fundamenta y da unidad, dirección y sentido al pensar y actuar humanos sobre una realidad que ha intentado, intenta e intentará ser siempre plasmada en las ciencias de la cuantificación o experimentales y en las ciencias de la cualificación o de las vivencias.

Sin metafísica todo camina a la deriva; ésta pone a las ciencias en su sitio, las abre a horizontes vastísimos en los que los científicos e investigadores nunca tendrán paro laboral, las compara entre sí, denuncia su reductivismo, su exclusivismo, su autonomismo absoluto, su manipulación, su servilismo, sus intereses, su corrupción, su degradación. Las ciencias, como la sociedad, la historia, la cultura, no se hacen solas; antes bien, las hace el ser humano con su ontológica visión creativa y transformativa. Si queremos que las ciencias dejen de ser ciencias al servicio del ser humano, abandonemos la metafísica, demos muerte a la metafísica y arrojemos sus cenizas al océano del caos, del azar, de la pereza de espíritu, del seudopragmatismo y de la duda.

Pero no. La metafísica en sí misma siempre ha gozado, goza y seguirá gozando de buena salud. ¿Dónde está, pues, el problema? El problema reside en la forma que el ser humano tiene de ver la metafísica. Desde hace ya tiempo, el mundo intelectual no la ve con buenos ojos; y esto es preocupante. El profesional del saber o del conocimiento podrá olvidarla, criticarla, rechazarla; podrá cerrar los ojos para no verla o taparse los oídos para no oírla. Podrá afirmar que está enferma, que es insuficiente, abstracta, estática; que, en definitiva, ha muerto. Y ello es muy cierto: la metafísica ha muerto a la sensibilidad histórica del pensamiento débil que la ignora por completo. La metafísica es una entelequia para un neorrelativismo y un neoescepticismo actuales que se arrojan en brazos de un pragmatismo o eficacia que sólo tiene como horizonte las diversas formas del hedonismo.

Es cierto que las carencias epistémicas o de cualquier índole del ser humano parecen no haber sido resueltas por la metafísica con sus ciencias afines; no es menos cierto el fracaso estrepitoso de un cientificismo que se alzó durante décadas como la panacea explicativa y comprensiva de todo. Ahí siguen las carencias humanas: la injusticia, la pobreza, la marginación, la violencia, la enfermedad, la soledad, la inseguridad y, al fin, la inexorable muerte. Pueden afirmar algunos que el ámbito de la inestabilidad, de la discontinuidad, de lo imprevisible, aunque no lo resuelvan las ciencias de la experimentación, sí parece quedar dotado de sentido por un lenguaje matemático que se sustantiva en la “teoría de juegos”, en la “geometría fractal” o en la “teoría del caos”.

Por otra parte, parece que la metafísica queda sustituida por las diversas formas de ejercer la libertad a través de la actividad social y política; a través de los medios de comunicación e información; a través del dominio científico y de la tecnología analógica y digital; a través del trabajo profesional en una sociedad globalizada; a través de la creatividad artística, deportiva y de los innumerables modos de evasión que encuentra el ser humano.

No. No nos engañemos. La metafísica ni ha muerto, ni está enferma. Lo que existe, por parte del profesional del conocimiento, es invidencia; esto es, falta de visión metafísica. El prejuicio, la impotencia, la falta de voluntad y compromiso, el océano de la complejidad y de la incertidumbre, son las dolencias que nublan nuestros ojos incapaces de contemplar el límpido horizonte que podría proporcionarnos la visión metafísica.

Lo físico, lo fenoménico, lo cuantitativo o matematizable, no es la única realidad que existe; antes bien, es realidad abierta a lo extrafísico, a lo extrafenoménico, a lo incuantificable. A su vez, lo físico y extrafísico, no son sin la apertura a lo metafísico que los constituye y fundamenta. La metafísica no es lo que está detrás de la física, sino lo que funda:

- a) en primera instancia, la realidad extrafísica;
- b) en última instancia, la realidad física.

¿Quién no tiene experiencia del mundo de lo extrafísico y extrafenoménico de las vivencias humanas, irreductibles al lenguaje matemático y a la experimentación? La experiencia humana no puede reducirse sólo al ámbito experimental; hacerlo supondría optar por el carácter invidente y degradante de las ideologías.

Este Congreso de Metafísica es el congreso del mundo de las vivencias; en ningún caso, de la matematización, de la técnica o del experimento, que poseen su

propia metodología. Cualquier mimesis o remedio con la metodología de las ciencias experimentales, cuando tratamos el mundo de las vivencias, es un reduccionismo que sólo interesa a la voluntad de poder de las ideologías.

Las ideologías se caracterizan, según Fernando Rielo, por tres perversiones fundamentales:

- a) por el reduccionismo, que ideologiza al ser humano concibiéndolo como algo inferior a él;
- b) por el exclusivismo, que hace de las ideologías lugares de rechazo de unos seres humanos que no piensan como otros seres humanos;
- c) y por el fanatismo, que ideologizando al ser humano lo hace proclive a la violencia psicológica, moral o física, intentando eliminar al adversario.

El poder destructivo de las ideologías es evidente. A este respecto, Benedicto XVI recordaba que “Cristo es de nuevo escarnecido y atacado, de nuevo se está intentando expulsarle del mundo. Siempre de nuevo, la pequeña barca de la Iglesia es azotada por el viento de las ideologías, penetran en ella y parecen condenarla al hundimiento”.

¿Qué es lo único que hay en el ser humano que no reduce, no excluye, no fanatiza? ¿Cuál es el antídoto contra este virus mutante del espíritu?

Si hemos de condensar el mundo de las vivencias en un concepto significativo, definiente, no reductivo, no excluyente, este concepto es significativo de una realidad que a nadie deja indiferente: el amor. El amor es la primera realidad, evidente, realizadora, potenciante de la persona. Fernando Rielo afirma del amor que es el motor de la historia, el motor de la ciencia, el motor de la sociedad, el motor de la familia, el motor del arte y, en definitiva, el motor de toda actividad, motivación y creatividad humana. ¿Quién no admite que el amor es lo más importante, lo que define a la persona humana? No es el SER lo más importante, sino el AMOR. El amor no es ser abstracto, sino SER +, es comunión entre personas. El amor es, en definitiva, el estado de ser, el acto de ser, la forma de ser y la razón de ser de una persona con otra persona. El amor es la síntesis de todas las virtudes, de todo lo que es positivo en la persona humana; por eso, el ser humano es dialógico, perceptivo, comunicativo, relacional.

Pero el ser humano no es cualquier amor. Debemos llevar nuestra inteligencia, con su razón, a límite; nuestra voluntad, con su compromiso, a límite; nuestra tendencia unitiva, con su libertad, a límite. Díme desde qué posición intenta ver tu inteligencia; díme hasta dónde quieres comprometerte vitalmente; díme a qué o a quién quieres unirte para ser libre..., y te diré cuál es la visión que de ti mismo y del mundo tienes.

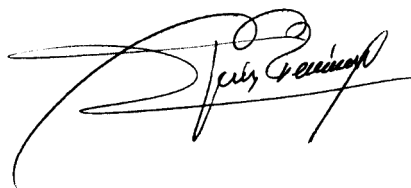
Sólo llevando nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestra unión a límite, podremos tener experiencia de nuestro finito amor abierto al infinito de un amor absoluto que, en su intimidad constitutiva, son personas divinas: no menos de dos personas, pues habríamos incurrido en el solipsismo absoluto, en el absurdo de la soledad absoluta o irrelación. La irrelación sería sólo esencia de una nada absoluta que no existe.

Que todos los trabajos estén poseídos de la única metafísica posible, la que puede otorgarnos una visión cada vez más formada, la que pueda dar unidad,

dirección y sentido a nuestro ser y a nuestro actuar. Es ésta la metafísica del amor absoluto que, constituido por personas divinas, constituye, a su vez, con su presencia, a la persona humana. Esta divina presencia constitutiva del amor absoluto y su visión absoluta en todo ser humano hace que nuestro finito amor con nuestra finita visión queden abiertas al infinito del absoluto que nos constituye.

Esta metafísica del amor, vivencial, vivificante, lejos de una razón abstracta, tiene como maestro por excelencia a Jesucristo que nos exhorta a ver la compositividad de la materia y la complejidad del alma desde la simplicidad o sencillez de un espíritu que recibe su estado de ser, su acto de ser, su forma de ser y su razón de ser, de la divina presencia constitutiva del Modelo Absoluto. La razón vivificante de la simplicidad o sencillez, frente a la razón abstracta de la complejidad y de lo caótico, puede formar en nosotros la visión de la realidad que, contemplada desde la transcendencia del amor que nos define, adquiere unidad, dirección y sentido frente al desorden y al sinsentido de una identidad egotizadora que nos sumerge en nuestras limitaciones, condicionantes y resistencias de todo orden.

Deseo que este Congreso de Metafísica se caracterice, sobre todo, por el arte de la amistad; más aún, como nos decía Fernando Rielo, por el espíritu de familia, donde nuestra comunicación se realiza en el diálogo de una escucha que escucha y es escuchada. Nada más. He terminado.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Jesús Fernández Hernández', with a stylized, flowing script.

Jesús Fernández Hernández  
Presidente